

Maldito día.

El cirujano nos dijo que todo había salido de maravillas. Como de costumbre, cuando pasaban estos temas la que se proponía para cuidar al convaleciente de turno siempre era yo. Seguramente en otra vida habría sido enfermera de combate o doctora de un hospital de campaña en Vietnam. Mi hermano, ni corto ni perezoso, se llevó a mamá a su casa y mi otra hermana se fue con su marido a atender a mis sobrinos. Yo era la única que vivía sola, sola y sin obligaciones, sola, más sola que un cactus en el desierto del Sahara, pero no me molestaba poner el cuerpo para cuidar a mi padre, porque a pesar de que me recibí de abogada todo tema relacionado con el cuidado de la salud me apasionaba y sin duda había sido una asignatura pendiente que no me dejaron aprobar.

A papá le habían sacado medio metro de intestino y yo me quedé con él toda la noche por las dudas. En la habitación estaba acompañado de otro viejo que se quejaba constantemente. Papá, en cambio, dormía como un angelito, seguramente por el efecto residual de la anestesia. En una silla de plástico más que incómoda la pasé cabeceando toda la noche. Solo dormité los instantes que el señor de al lado me liberaba de mis servicios gratuitos de buena samaritana. Me pedía agua y le daba agua, me pedía que lo tapara y lo tapaba, me pedía y me pedía cosas y yo se lo hacía con gusto, y si bien era muy molesto, no me quejé en lo más mínimo, lo sentía como una obligación y lo hice con mucho amor.

A la mañana siguiente mi papá se despertó muy bien, pude sentir su cara de orgullo al ver que su hija predilecta estuviese cuidándolo. Como a eso de las siete llegó una enfermera que muy amablemente me pidió que me retirara ya que debía higienizar a ambos hombres. Tuve la necesidad imperiosa de tomar un café negro para despabilarme y bajé a la confitería del sanatorio.

El lugar estaba repleto de gente, muchos con sus ambos blancos y otros con ambos celestes. Claramente podría distinguir la jerarquía de cada uno de ellos. Algunos llevaban colgado el estetoscopio como muestra evidente que ellos eran los que curaban y no los que cuidaban, una enorme diferencia aunque parezca sutil. Un televisor sujeto de un soporte estaba en mute en una de las esquinas del salón, podía ver claramente las condiciones del tiempo y del tránsito que poco me importaban. También alguna noticia trágica que podía leer al pie de la pantalla sobre fondo rojo. La gente común, o sea los familiares de las personas que estaban internadas entraban y salían constantemente. Podía darme cuenta el estado de salud de cada pariente con solo observar el brillo de sus miradas. Todos tomaban café en tazas enormes, algunos pocos jugos de naranja, pero en ninguna de las mesas faltaban los tostados y las brillosas medialunas. Todo era bullicio, charlas de cabeza agachadas, risas estruendosas, llantos contenidos que no se terminaban de digerir. Ruidos de tasas contra platos, ruidos de cubiertos que venían desde la cocina, ruidos muchos ruidos que no me dejaban captar en detalle ninguna de las conversaciones de las mesas linderas a la mía.

Mi teléfono me muestra un mensaje que dice “¿Cómo está papá?” y lo contesto con la última información que tuve de primerísima mano de uno de los doctores de piso antes de bajar a desayunar. Una chica me trae el café. Está horrible, parece jugo de paraguas, pero de todas maneras le pongo varios sobres de azúcar y lo empiezo a tomar para contrarrestar mi somnolencia. Presto atención a las conversaciones y solo puedo sonsacar algunas palabras sueltas. Ninguna frase que compongo en mi cerebro tiene sentido para mí, “bajó la fiebre”, “cambiamos los antibióticos”, “pasó la noche”, “está fuera de peligro”, “su corazón no aguantó más”. Sigo tomando de a sorbitos el brebaje negro que ya está frío y solo tiene gusto a azúcar.

De pronto veo que el radio de uno de los doctores que había visto en el piso donde está papá con el señor molesto se le enciende. El muchacho lo

pone frente a sus lentes y se despidió fugazmente de sus compañeros de mesa. Un mal presentimiento me vino a la mente. Llamé a la muchacha para que me cobrara. Ella está muy ocupada atendiendo sola todas las mesas que estaban colmadas de gente que le reclamaba cosas. Abrí mi billetera y calculé cuánto podría salir el café de mierda que me habían servido más la propina. Dejé la plata debajo de la taza y me marché sin esperar la cuenta. El ascensor no llegaba, parecía que estaba atascado en algún piso, decidido ir por las escaleras, tenía que llegar al cuarto piso. Escalón por escalón fui subiendo al principio de a uno, luego de a dos o tres, mi estado físico no era el de un atleta por eso llegué con la lengua afuera. Desde la punta del pasillo pude ver que muchas enfermeras y doctores se agolpaban en la puerta de la habitación de papá. “Pero si el doctor me dijo que había salido de maravillas, y el parte de la mañana fue perfecto”, pensé. ¿Qué podía estar pasando? Llego corriendo a la puerta y no me dejan pasar. Escucho ruidos, silbidos, movimientos violentos, golpes, pienso lo peor. ¿Por qué decidí quedarme sola? ¿Y ahora cómo debía decirle la noticia a mi mamá y a mis hermanos? Siguen llegando enfermeras con cara de susto. Me hacen correr de la puerta. En ese momento pensé lo peor. Los ruidos se calman, el silbido se hace constante, agudo y luego se apaga. El doctor que había visto en el bar sale y me pregunta si soy familiar. Obviamente le digo que sí, y me permite entrar. El médico me dice que no encuentra explicación y que tuvo un paro cardiorrespiratorio señalándome al señor de al lado que estaba inmóvil con sus ojos abiertos mirando el techo.

Mi papá, ni se había enterado, seguía durmiendo como un angelito, seguramente por el efecto de la anestesia que me debían suministrar a mí para poder salir del tremendo susto. Al rato se despertó y me preguntó qué pasó, dónde estaba su compañero de cuarto. Solo atiné a decirle que le habían dado el alta, a lo que me respondió con una dulce sonrisa. Cerró los ojos, y un gesto de dolor profundo se le dibujó en el rostro. Con un hilo de voz me

preguntó cuando le iban a dar el alta y le respondí, “espero que pronto papá... Espero que pronto”. Me metí en el baño para sacarme el gusto asqueroso del café y recé en silencio por el alma del señor que había estado a mi cuidado ese maldito día.